

Meditación

La Santa Misa, corazón y alma de nuestra fe, corazón del mundo y sol de la salvación

Jesús instituyó la Eucaristía el Jueves Santo, cuando tomó el pan y dijo: "Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros", y después, tomando un vaso de vino, dijo: "Este es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros para el perdón de los pecados". Y dirigiéndose a los apóstoles, les dijo: "Haced esto en memoria de mí". Así Jesús instituyó el Orden Sacerdotal. De forma que sin un obispo o sacerdote no tendríamos la Misa, la Sagrada Comunión ni a Jesús en el Sagrario.

Padre Petar Ljubicic

"El Padre santificó y envió al mundo al Divino Salvador y sus apóstoles fueron partícipes de su consagración y de la misión encomendada a sus sucesores, es decir, a los obispos. La tarea de su servicio fue delegada, en un nivel más inferior, a los sacerdotes, que son colaboradores del orden episcopal, con el fin de llevar a cabo adecuadamente la misión confiada por Cristo".

Digamos algo acerca de aquellos que nos están dando a Jesús a través de la Comunión.

¿Quién es en realidad un sacerdote? En primer lugar es un "hombre de Dios" que fue llamado por Dios para continuar la misión para la cual Jesucristo nació, murió en la cruz y resucitó. El obispo, imponiendo la mano sobre la cabeza, con una oración especial, pide a Dios la efusión del Espíritu Santo y sus dones adecuados para el servicio, para el cual se ordena neo presbítero y se convierte en sacerdote. De esta forma, los neo presbíteros reciben el sacramento del Orden Sacerdotal y la gran misión de anunciar el Evangelio hasta los confines de la Tierra.

Cada sacerdote surge entre el pueblo y se pone al servicio del pueblo, glorificando las cosas de Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecadores (HEB5, 1-2). Todo sacerdote está llamado a vivir como Jesucristo, en la castidad, la pobreza, la obediencia y la entrega total a Dios. Es siervo de Jesucristo. Y todo sacerdote debe ser consciente de que no hay nada más hermoso, mejor o más santo que la Buena Nueva de la Salvación. El sacerdote, por medio de los sacramentos de Cristo, alivia a los cansados y agobiados en el camino de la vida.

Sabemos que San Francisco de Asís no quería ser sacerdote porque se sentía indigno de llevar a cabo una misión tan grande. Honraba a los sacerdotes de forma muy especial, en ellos veía a su "Señor", al "Hijo de Dios". Su amor por la Eucaristía se mezclaba con el amor al sacerdote, venerando especialmente sus manos que

siempre besaba de rodillas con gran piedad. Solía besar también sus pies y los lugares que pisaban. “Oh, qué dignidad ser sacerdote”, decía San Agustín , “en cuyas manos, el Hijo de Dios se convierte en cuerpo como en el seno de la Santísima Virgen María”.

El Santo Cura de Ars dijo "mucho se honran los artículos en Loreto, la vajilla de la Santísima Virgen María y el niño Jesús, pero los dedos sacerdotales que tocan el cuerpo de Jesús, y que se han sumergido en el cáliz donde está la sangre de Jesús, son dignos de una mayor veneración".

Catalina Vannini estando en éxtasis vio ángeles sobre las cabezas de los sacerdotes durante la Eucaristía en el momento de la consagración. Por eso se puede comprender la piedad con la que Catalina veneraba las manos de los sacerdotes. La duquesa, Santa Hedviga, cada día participaba en todas las santas Misas que se celebraban en la capilla del castillo y a todos los sacerdotes que celebraban la santa Misa les demostraba su agradecimiento y respeto. Invitaba a los sacerdotes y los honraba. Muchísimas veces decía: “Bendito sea Aquel quien dejó a Jesús descender del Cielo y me lo regala”.

San Pascual Bailón era el portero del monasterio y cuando veía al sacerdote en la puerta se postraba de rodillas y con gran piedad le besaba las manos. De él y de San Francisco se decía que eran grandes adoradores de las manos consagradas de los sacerdotes. San Pascual sostuvo que las manos sacerdotales pueden eliminar todos los males y llenar todo con las bendiciones ya que son las manos de Jesús. El Santo Padre Pío intentaba besar las manos a los sacerdotes.

Sabemos que estos gestos de respeto a Dios a menudo se recompensaban con verdaderos milagros. En la biografía de San Ambrosio se puede leer que un día le llevaron una mujer inválida que le quería besar las manos. La mujer tenía una gran fe en las manos del sacerdote que hace poco había celebrado la Eucaristía y realmente en ese momento la mujer se sanó. Algo parecido sucedió en Beneventu a una señora que llevaba inmóvil toda su vida. Pidió al Santo Padre León IX que le permitiera beber del agua donde él había enjugado sus dedos después de la consagración. El Santo Padre escuchó la humilde petición de la enferma, del mismo modo que Jesús escuchó la petición de la mujer que le dijo “cierto Señor pero también los perrillos comen de las migas que caen de la mesa de sus señores” (MR15, 27) y esta mujer también sanó en el mismo momento.

Aprendamos de los santos.

Los santos son ejemplos a seguir. Ellos deseaban solamente el reconocimiento de Dios. Eran creyentes convencidos, personas con fe viva y con toda la confianza puesta en Dios, todo lo que hacían era por fe y amor. Para ellos el sacerdote no era mucho menos importante que Jesús. Así, San Francisco decía: “En los sacerdotes veo a los “Hijos de Dios”. El santo cura de Ars: “Cada vez que veáis a un sacerdote, pensad en Jesús”. Y Santa Magdalena Paciska cuando se refería a algún sacerdote decía “Este Jesús”.

Santa Catalina y Santa Teresa del Niño Jesús, como muestra del gran respeto que tenían a los sacerdotes, les besaban los pies. Santa Verónica un día vio a un sacerdote en las escaleras que llevaba al Santísimo para repartirlo a los enfermos, la Santa se arrodilló y desde el primer hasta el último escalón subía de rodillas besando sobre los pasos del sacerdote mojándolos con sus lágrimas. ¡Esto es amor!.

“Si me encontrara con un sacerdote o con un ángel”, decía el Santo cura de Ars: “primero saludaría al sacerdote y después al ángel. Si no hubiera sacerdotes la pasión y la muerte de Jesús no se valoraría. ¿Para qué sirve la tesorería si nadie la abre?. El sacerdote tiene la llave de los tesoros celestiales”. ¿A través de quién se nos da a Jesús en la hostia blanca? ¿Quién guarda a Jesús en nuestros tabernáculos? ¿A través de quién Dios limpia nuestras almas por medio del sacramento de la confesión para que seamos dignos a recibir a Jesús? El sacerdote, únicamente, el sacerdote.

Hace unos años, en Bretaña, un viejo sacerdote se estaba muriendo. Por otra parte, también en su lecho de muerte, había un hombre de su parroquia que se había alejado de Dios y de la iglesia. El párroco estaba triste, ya no podía moverse y envió al capellán para que le hablara de arrepentimiento y conversión y que no muriera sin recibir los Sacramentos. “Se lo prometí”, dijo el enfermo al capellán, “pero no a usted, sino al párroco”. El capellán comunicó la respuesta del enfermo al párroco que sabía que le quedaban solo apenas unas horas de vida, pero aun así mandó que le llevaran a la casa del pecador. Allí escuchó su confesión, le regaló a Jesús y le dijo: “Nos vemos en el cielo”. Después, llevaron al párroco al hospital, pero al llegar ya había muerto.

Los sacerdotes son dadores de la vida, intermediarios de la salvación entre Jesús y los hombres. Allí donde no hay sacerdotes, poco a poco desaparecen la fe y los fieles. Respetad a nuestros sacerdotes porque ellos son aquellos que nos regalan a Jesús en la Eucaristía. Rezar por ellos para que dignamente cumplan con su deber que les confió Jesús.

San Nicolás Von Flue, conocido santo de Suecia, solía decir a aquellos que criticaban a los sacerdotes “Y tu, cuántas veces oraste por los sacerdotes? Dime ¿qué hiciste para que iglesia tenga nuevas vocaciones sacerdotales?”. En una ocasión, una señora se quejaba al padre Pío en la confesión del comportamiento de algunos sacerdotes, el padre vigorosamente le reprendió diciéndole: “Sería mejor orar por ellos en lugar de criticarlos”. Como a Carlo Giacinta, quien siempre oraba a la Virgen por los sacerdote imploraba: “Oh, querida Madre, dale a este sacerdote tu corazón para que pueda celebrar la santa Misa con dignidad”.

De la misma manera que María regaló Jesús a la Humanidad, el sacerdote nos lo regala en la santa comunión. Por lo tanto, San Buenaventura acertadamente dice que cada sacerdote en el altar se parece a María porque “igual que su santo cuerpo se nos ha dado por Ella, de la misma manera debe ser sacrificado por las manos del sacerdote”.

San Leopoldo sobre la Eucaristía

El día 11 de abril de 1937 quedaron escritos estos pensamientos de San Leopoldo: “Nosotros, los fieles, tenemos en nuestras manos un recurso de valor infinito, de fuerza infinita. Nuestro Señor Jesucristo mientras está sentado a la derecha del Padre como Señor absoluto de toda la creación, ahora intercede por nosotros junto con sus ministros y los demás creyentes que celebran y participan en los santos misterios de la santa misa. El divino sacrificio es infinito, nunca las cosas por las que estamos orando, serán tan grandes como lo es la víctima ofrecida. Por lo tanto, tenemos que tener el corazón abierto mientras celebramos o participamos en la santa Misa. Durante las 24 horas al día se celebran eucaristías, lo que significa que el corazón de Jesús, su amor, late a cada momento por nosotros, por eso le puedo”.

“En vuestra carta mencionáis vuestras cruces. Seguramente, Señor, las cruces nunca faltan en la vida de los hombres. Pero nosotros tenemos la santa Misa y sabemos que en el momento en el que celebramos los santos misterios ocurren los hechos a los que se refiere San Pablo: *Christus Dominus semper vivit, et interpellat pro nobis*, Cristo Señor siempre vive e intercede por nosotros”. (HEB9,24)

Marko Marulic, padre de la Literatura croata afirma que “La Eucaristía es la medicina para las almas heridas con las debilidades, el pecado y la muerte”. La Eucaristía es la medicina que se pone después de la operación quirúrgica que es la santa confesión”.

La Eucaristía es la celebración de Cristo, donde Él nos llama ofreciéndonos la comida que Él ha preparado. Esta comida es el cuerpo y la sangre de Cristo. Esta comida es Él mismo, que es la vida del mundo. La Sagrada Escritura dice que Él alimenta a sus adoradores, a aquellos que le aman. La Eucaristía es el sacrificio, aquel mismo sacrificio que Cristo padeció en la Cruz por todos los hombres.

Convertido por la Sagrada Hostia

Gran convertido, el sacerdote devoto y después obispo, Nilsen Stensen (1636-1686), en su juventud como calvinista, observando la procesión del Corpus Christi, veía la enorme fe de los creyentes piadosos al paso del Santísimo. En ese momento, en su alma nació el siguiente pensamiento: “¿La hostia es simplemente el pan y toda esta gente está loca o en ella realmente está presente Jesucristo? ¿y si es así, por qué yo no le venero y le honro? Este pensamiento le perseguía tanto que, finalmente, el día 7 de noviembre del año 1667 entró a formar parte de la Iglesia católica. Se hizo buen sacerdote y gran obispo en Alemania. Dedicó toda su vida a Jesús-hostia.